



22

302

Crónica de Los Domingosde Fernando SantivyaSarah Hübner Benavilla.

Sarah Hübner Benavilla es una escritora que no ha dejado una obra vasta; pero tuvo una actuación personal interesante en la generación de 1910.

Era muy hermosa, fina, esbelta; poseía unos ojos verdes maravillosos. ¿Le habría agradado a Sarah que se la llamara vampiro? Creo que no, apesar de que con muchas de las mujeres que la codiciaban secretamente, lo mismo que a gran parte de los hombres les gustaría poseer el título de Juan Venancio. Al mismo es un monstruo vicio latente en el alma de los seres humanos.

Fueron muchos los hombres que intervinieron en la vida de Sarah Hübner; muchos los que la admiraron y acaso la amaron; muchos los que se vieron arrastrados una por ella en una vorágine de acontecimientos extraños.

La conocí en una época en que Sarah cultivaba amistad estrecha con Eduardo García Guerrero, un hombre de talento que no alcanzó a realizar todo lo que debía a causa de su prematura muerte. Fue el jefe, o maraca serlo, de un grupo brillante de jóvenes que pretendieron depurar el partido liberal, comenzando por levantar un tribunal de inquisición y una hoguera para quemar los viejos valores nacidos de la truffería electoral y de otras expresiones de arte político. La primera víctima fue don Julio Fuga Borne y no recuerdo cuántos otros le siguieron. Junto a García Guerrero estaban José Mass, Domingo Matte Larraín, Guillermo Aguirre, los futuros "leones de Castro". También formaba parte de ese grupo de amigos jóvenes turbulentos y audaces el apacible y sereno poeta Magallanes Norro.

Era García Guerrero un estafioso. Descolló como crítico musical y literario; hizo, además, incursiones profundas en el código penal, como Valentin Brundin y Luis Ross Mallin, en lo que se refiere a criminología repressiva, y hasta metió mano en la novela psicológica y artística, a la manera de Gabriel S'annasio. Fue también que a ese magnífico hombre le faltaba alguna pieza y que por esa causa no produjera los resultados óptimos que todos esperaban de ella. El pobre Eduardo perdía el control durante temporadas largas; lo conocí en esas andanzas. Tenía en las afueras de Santiago un extraño amigo, antiguo servidor suyo, un tal Gineppi, leal como un perro y paciente como un asno. En su compañía se entregaba Eduardo a turbias libaciones y a interminables charlas filosóficas en las cuales Gineppi no pasaba de ser monaguillo de liturgia para el incomprendible. Acaso el hombre de letras, empujado en el tráfico humano, hallaba en ese compañero sencillo y cordial una compensación para sinsabores y deslealtades.

Sarah Hübner fue para Eduardo García Guerrero, en aquella época, verdadera hermana de caridad. En mas de una ocasión organizó expediciones de salvataje y logró extraer de la ciudad al filósofo extraviado. Sarah Hübner se convertía para Eduardo en esos momentos en auditorio comprensivo, en amiga consecuente, en comrada intelectual.

La generosidad de Sarah para las personas de su afeción no conocía límites. A su marido, a su hijo, a sus hermanos, a sus amigos, a sus protegidos, a los que ella veía con la efervescencia esplendorosa de una tigresa madre.

Precisamente en uno de sus arranques de magnífica defensa de los supuestos ocultos de vería, cuando esta vez tuvo la desgracia de convertirse, inesperadamente, en una de sus víctimas. La conocí de mucho tiempo a Sarah Hübner; pero mi amistad no poseía los umbrales de cierta existencia cortés. Pero, ¿qué dato hice yo a su hermano Jorge, el poeta? No recuerdo bien; pero creo fue algo relacionado con una acusación de plagio que hicieron a Vicente García Ruidobro. En la refriega de prensa tomó parte en favor de Vicente y, sin pretenderlo, di a Jorge Hübner algunas cántaras desconocidas que le tuvieron a mal traer.

Nada mas; pero una tarde apareció en mi oficina de "Succesor", Galería Alessandro, él, la simpática Sarah Hübner en una forma que no será difícil olvidar. Vestía severo traje de terciopelo negro, de gran cola, a la usanza de la época, muy caído el cuerpo, y sobrero de terciopelo de anchas alas de la misma tela, al estilo de la saqueada de Montepén.

En este fondo de estuche de joyería, sobre el pecho oscuro resplandecía un solo adorno: una auténtica cruz de brillantes colgada de un cintillo de finas perlas. Con

Sara Hübner Bezanilla [manuscrito] Fernando Santiván.

Libros y documentos

AUTORÍA

Santiván, Fernando, 1886-1973

FORMATO

Manuscrito

DATOS DE PUBLICACIÓN

Sara Hübner Bezanilla [manuscrito] Fernando Santiván. 3 hojas ; 26,3 x 21,5 cm.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile